



Año 1

Barcelona, 1 de Julio de 1930

Núm. 1

EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUI-
XOTE DE LA MANCHA,

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR,
Marques de Gibralfar, Conde de Benalcazar, y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



Año,

1605.

CON PRIVILEGIO,
EN MADRID Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro Señor.

FACSIMILE DE LA PORTADA DE LA EDICION PRINCIPE

Juan Molíns - EDICIONES

—CASANOVAS, 155 - Barcelona—

Historia de la Revolución Francesa , por A. THIERS, con prólogo de Rafael Altamira. Dos tomos con grabados y láminas en colores, en tela inglesa	50'00 Ptas.
Las sectas y las Sociedades secretas a través de la Historia , por S. VALENTI CAMP. Dos tomos con grabados y láminas en colores, en tela inglesa	55'00 »
Muebles antiguos españoles , por DOMENECH y PEREZ	50'00 »
Las Frases del Quijote , por E. CARCER. En tela	20'00 »
Ajedrez , Investigaciones por J. BRUNET. En tela	20'00 »
La Farmacia en casa , por el Dr. ANDREU. En tela	16'00 »
Tablas para el trazado de curvas , por A. CARO. En tela	5'50 »
Tablas taquimétricas , por A. CARO. En tela	15'00 »
700 finales de Ajedrez , por RINCK. En tela	30'00 »
Cancionero musical popular español , por FELIPE PEDRELL. 4 tomos en tela	60'00 »
Cuerpo del Debercho Civil Romano , por Corral. 6 tomos pasta española	183'00 »

Una magnífica edición de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Esta edición se ha hecho sin afán alguno de lucro. Consta de 240 páginas, tamaño 29 y medio por 21 y medio centímetros; además, 252 grabados.

EDICIÓN ESCRUPULOSAMENTE CORREGIDA

Notas aclaratorias de Clemencín. Ilustraciones de Gustavo Doré.
En rústica: 23 ptas. En tela, con tapas especiales: 28 ptas.

De venta en librerías

Editorial B. Bauzá

C. Aribau núms. 175 y 177. Barcelona

ADVERTENCIA: Viendo un ejemplar de la edición de Don Quijote de la Mancha, de la Editorial B. Bauzá, se comprobaba que una vez agotada, no será posible reimprimirla fácilmente, por lo cual, pronto los libreros de lance la facturarán usada, a más elevado precio que el actual.

Llibreria Royo

Llibres antics i moderns

es compren grans i
petites biblioteques
pagant al comptat
el preu màxim

Rambla Sta. Mònica, 14

Barcelona

Manual de Literatura castellana

por MANUEL DE MONTOLIU

Profesor de la Universidad de Barcelona

SEGUNDA EDICIÓN

Un tomo en 4.º de 892 páginas,
Ptas. 15 a la rústica. Ptas. 17 en
tela. Ptas. 20 en pasta española.
y Ptas. 23 en pasta valenciana.

La Mancha y El Quijote

por ANGEL DOTOR

Fascículo de ENCICLOPEDIA GRÁFICA,
con un centenar de ilustraciones en hue-
cograbado. Exito universal. • Ptas. 1'50

Edición en papel especial, Ptas. 2

Editorial Cervantes

Avenida Alfonso XIII, 382

Barcelona

L'Arxiu

Llibreria de
Joán B. Batlle

Vía Diagonal, 442
BARCELONA

Compra y venta de llibres vells

1605

BIBLIOGRAFIA CRÍTICA
de ediciones del QUIJOTE,
impresas desde 1915 hasta
1917, recopiladas y descri-
tas por JUAN SUÑÉ BE-
NAGES y JUAN SUÑÉ
FONBUENA

Obra, según dice D. Emilio Cotarelo y
Mori en sus "Últimos Estudios Cervan-
tinos", "la más completa y exacta de
las publicadas, y libro indispensable de
todo cervantista."

Un volumen en cuarto mayor, de XXXI
485 págs., ilustrado con profusión de
facsimiles de portadas de ediciones del
QUIJOTE 15 pestas."

De venta en la misma librería

Libreria Lux Libreria Central

Compra - Venta

Compra - Venta

Aribau, 26, Teléfono 72621

Muntaner, 42, Tel 72621

Pasamos a domicilio dentro y fuera de la
ciudad.

BARCELONA

Frasesología Cervantes

Colección

de frases, refranes, proverbios, aforis-
mo, adagios, expresiones y modos ad-
verbiales que se leen en las obras cer-
vanticas, recopiladas y ordenadas por

JUAN SUÑÉ BENAGES

continuator de la edición crítica del
Quijote de D. Clemente Cortejón, y
premiado por la Real Academia de
Buenas Letras de Barcelona.

Editorial Lux

Coello, 162

BARCELONA

Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica - Organo de los Admiradores de Cervantes

Redacción y Administración:
Rambla de Prat, 8, principal
Teléfono 72041

Director:
D. Juan Suñé Benages

Suscripción trimestral:
España: 3 ptas. - Extranjero: 3'75
Número suelto: 1 peseta

A los devotos de Cervantes

La experiencia ha demostrado a los «Admiradores de Cervantes», que las entidades literarias que carecen de un órgano para expresar sus ideas y pensamientos, y que les ponga en comunicación directa con el público intelectual, tienen una vida tan precaria que conduce a la muerte de las mismas. Teniendo, pues, esto presente, los «Admiradores de Cervantes», y a fin de recoger y aprovechar las aguas que hoy corren a la ventura por el extenso y ameno campo del cervantismo, y conducirlas por sólidos y anchos cauces para que sus fuerzas reunidas den abundantes y óptimos frutos, no ha reparado en sacrificios hasta fundar la «Crónica Cervantina», cable seguro que podrán utilizar para ponerse al habla con todos los cervantistas del mundo y reunirlos espiritualmente en apretado haz.

Bien se les alcanza a los «Admiradores de Cervantes», que conseguir tal propósito es empresa más temeraria, por lo difícil que es de llevarla a cabo, que todas las emprendidas por el sublime loco cuando se lanzó al mundo para resucitar la ya olvidada andante caballería, pero que, estimulados por el entusiasmo y culto cervántico que sienten (que no debe confundirse en *cervantomanía* y *cervantomorbus*), tienen la seguridad que todos sus esfuerzos se verán coronados por el éxito en tarea tan ardua como la que han emprendido.

La «Crónica Cervantina» sólo publicará artículos literarios alusivos a obras o vidas de ingenios del habla castellana, especialmente que traten de Cervantes y de sus inmortales producciones, pudiendo colaborar en ella cuantos literatos la honren con sus escritos.

Para que tanto los cervantistas como los libres sepan a qué atenerse respecto de algunas ediciones del *Quijote*, hoy completamente desconocidas de muchos, irá reproduciendo sus portadas, empezando por las que vieron la luz en vida de

su autor, a las cuales seguirán, por orden cronológico, las de todas las primeras traducciones que en diversas lenguas se han publicado, dando a conocer de unas y otras, las más importantes características que las distinguen.

Como en esta revista habrá una interesante sección bibliográfica, en la cual figurarán todas las obras que se publiquen mensualmente, se ruega a los señores editores que quieran estar incluidos en la misma, se sirvan mandar a su Redacción, nota de todo lo publicado. El mismo ruego se hace a los libreros, especialmente a los que se dedican a la compra-venta de libros raros y curiosos, con el fin de poderlos anunciar y describir para que los bibliófilos puedan adquirirlos.

Nuestro grabado

El que va al frente de este número es el facsímil de la portada de la primera edición impresa por Juan de la Cuesta, en Madrid, en 1605, cuyos rasgos de tan preciada joya literaria son:

Un volumen en 4.º, de 12 hojas preliminares, 316 folios, de los cuales están sin numerar los cuatro últimos, por exceder de la tasa, y 4 hojas de tabla.

Hoja 1.ª Portada.

Hoja 2.ª Recto: «Tassa. Yo Iuan Gallo de Andrada escriuano de Cámara del // Rey nuestro señor de los que residen en su Conse // jo certificado, y doy fe, que auiedo visto por los se // ñores del vn libro intitulado, *El ingenioso hidalgo de // la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saaue // dra: tassaron cada pliego del dicho libro a tres maraue // dis y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al // dicho precio monta el dicho libro docientos y nouenta ma-

rauedis y medio, en que se ha de vender en papel, y // dieron licencia para que a este precio se pueda vender: y mandaron que esta tassa se ponga al principio del di // cho libro y no se pueda vender sin ella: y para que dello // conste di la presente en Valladolid, a veinte dias del mes // de Diziembre, de mil y seyscientos y quatro años. // Iuan Gallo de Andrada.» En el verso de la misma hoja: «Testimonio de las Erratas. // Este Libro no tiene cosa digna que no // corresponda a su original: en testimo // nio de lo auer correcto di esta fee. En el // Colegio de la Madre de Dios de los Teologos // de la Uniuersidad de Alcala, en primero de Diziembre de 1604. Años // El Licenciado Francisco // Murcia de la Llana.»

Hoja 3.^a, sign. // 3.—«El Rey. // Por quanto, por parte de vos Miguel de Cer // uantes, nos fue hecha relación, que auia descomulgado vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo // de la Mancha*, el cual os auia costado mucho tra // bajo, y era muy util, y prouechoso... // ... // ... os damos // licencia y facultad, para que vos, o la persona que vuestro // poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el di // cho libro... // ... en todos estos nuestros Reynos // de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que co // rran, y se cuenten desde el dicho dia de la data desta nues // tra cedula... // ... Fecha en Valladolid, a veynte y // seys dias del mes de Setiembre, de mil y seyscientos y // quatro años. // Yo el Rey. // Por mandado del Rey nuestro Señor. // Iuan de Amezueta.»

Hoja 4.^a Dedicatoria de Cervantes al Duque de Béjar, sin fecha.

Hojas 5.^a, 6.^a, 7.^a y 8.^a, sig. ¶¶ a ¶¶ 4. Prólogo.

Hojas 9.^a, 10.^a, 11.^a y 12.^a, sign. ¶¶ 5 ¶¶ 8. Versos: Al libro de Don Quixote de la mancha, Vrganda la // desconocida.—Amadis de Gavla, A Don // Quixote de la Mancha. // Soneto.—Don Belianis de Grecia a Don // Quixote de la Mancha. // Soneto.—La Señora Oriana, A Dvl // zinea del Toboso. // Soneto.—Gandalin Escudero de Amadis // de Gaula, a Sancho Pança, escudero de // Don Quixote. // Soneto.—Del Donoso poeta entreverado, a // Sancho Pança y Rozinante.—Soneto.—Orlando Furioso, a Don Qui // xote de la mancha. // Soneto.—El Cavallero del Febo, a Don // Quixote de la Mancha. // Soneto.—De Solisdan, a Don Quixote // de la Mancha. // Soneto.—Diálogo entre Babieca, // y Rozinante.

Después de estos preliminares viene el texto, sign. A-Z-Aa-Qqs hasta el folio 312, luego 4 ho-

jas más de texto sin numerar, sign. ****-4, y 4 de la tabla de los capítulos.

Los folios 8, 18, 183, 285 y 310, por error, llevan los números 7, 15, 182, 289 y 311.

Tales son las características de la primera edición del *Don Quijote*, que está dividida en cuatro partes, conservando la numeración de los capítulos sin interrupción desde la primera hasta la última, división que parece desagradó a Cervantes, puesto que no la continuó en la *Segunda Parte*.

Si como *editio princeps* merece estimarse como preciosísima joya bibliográfica, no debe conceptuarla así el crítico imparcial que haya cotejado su texto con el de la segunda edición del mismo Juan de la Cuesta, impresa en igual año, porque las variantes y diferencias entre ambas ediciones son numerosas y muy notables. Y no es de extrañar, si se tiene en cuenta que la primera edición se imprimió en Madrid residiendo Cervantes en Valladolid, y que la circunstancia de haberse impreso en poco tiempo, junto con la poca o ninguna facilidad de las comunicaciones para que las pruebas fueran y volviesen de la actual a la entonces corte de España, que fuese imposible su corrección por su propio autor. Además, que tal requisito del arte tipográfico, tan necesario hoy al escritor público, era desdeñado en aquella época, ya que los autores no daban importancia alguna a semejante atildamiento.

Tales circunstancias, y lo difícil que hubiera resultado para el impresor ir consultando las dudas que a cada paso ofrecería el manuscrito, lleno de enmiendas, tachaduras y arrepentimientos de esos que a última hora suelen entrar aun al escritor menos escrupuloso, fueron parte a que se introdujesen en su impresión tan graves errores como las dos idas del bachiller Alonso López, que se leen en el capítulo XIX; los epígrafes correspondientes al XXIX y XXX, que están invertidos; el XXXVI que dice: «Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto», cuyo episodio se narra en el capítulo anterior; el haberse omitido el epígrafe XLIII, puesto que empieza con los versos:

«Marinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego sin esperanza
De llegar a puerto alguno»,

cuya omisión, que se subsanó en la tabla de capítulos, es causa que el citado capítulo sea la continuación del XLII. Todos estos descuidos y el no haber estampado el impresor el modo y manera cómo Ginés de Pasamonte hurtó el rucio a

Sancho Panza allá en el capítulo XXIII, sumados a los centenares de erratas que la afean, hacen que la primera edición de la maravillosa y sin par novela impresa con borrosos caracteres sobre no muy buen papel, sea un desastre tipográfico, y la más desdichada de las cuatro que imprimió el entonces negligente y hoy famosísimo impresor Juan de la Cuesta.

Don Leopoldo Rius atribuye la omisión del hurto y hallazgo del jumento, al hecho de haber desaparecido en seguida los pocos ejemplares que se tiraron de esta edición, puesto que dice: «Es de presumir que el mismo Cervantes, o bien el librero, procurarían retirar, en cuanto cabía, los ejemplares, activando solamente la venta de la segunda impresión de Madrid, que es la completa, y esto explicaría el hecho de haber servido esta última de original a todas las posteriores, exceptuando las dos de Lisboa del mismo año.» Esta presunción del padre de la bibliografía cervántica la impugna el señor Rodríguez Marín en su trabajo *El Quijote en América*, en esta forma: Ni autores ni libreros paraban la atención en pelillos, hasta el punto de inutilizar, por dame acá ese rucio, los ejemplares de una tirada. A conocer el docto bibliógrafo el resultado de mi investigación en el Archivo de Indias, paréceme que se hubiera explicado como yo me lo explico el raro hecho que él apuntaba.»

De las investigaciones que alude el señor Rodríguez Marín, resulta, y de ello no hay duda, que los cinco ejemplares del *Quijote* que él dice fueron embarcados en febrero de 1605 para las Indias, pertenecían a la edición príncipe, mas no se puede decir lo mismo respecto a los presentados en marzo, abril, junio, julio del mismo año a la Inquisición, para ser expedidos al Nuevo Mundo, puesto que ya por aquellos meses andaban de molde las ediciones de Lisboa y la segunda impresa por el mismo Juan de la Cuesta, lo cual hace presumir, y bien pudiera ser, que los mencionados ejemplares pertenecieran a algunas de estas tres ediciones y no a la primera como pretende el crítico andaluz. Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que apenas salida esta edición de las prensas del descuidado Cuesta, aparecían en Lisboa las impresas por Jorge Rodríguez y la de Pedro Crasbeeck, lo que visto por el librero Francisco Robles, y con el fin de cortar tal abuso, pidió y obtuvo el privilegio para Castilla, Aragón y Portugal, privilegio que estampó debajo del escudo *Post tenebras*, en la segunda edición que imprimió en el mismo año de 1605, cuya añadidura basta para no confundirla con la primera.

Tales son las características más notables de

la primera edición del *Quijote*, que empezó a correr de molde en los primeros días del mes de enero del precitado año, como uno de tantos libros de circunstancias, para convertirse, al través del tiempo, en un libro cosmopolita para los hombres de todos los tiempos y países; libro

«De juventud tan fresca y tan lozana,

Que vivirá cuanto en la edad futura

Viva la hermosa lengua castellana»,

cuyos versos vienen a confirmar el presagio que encierran los siguientes, que el mismo Cervantes puso después del prólogo de la inmortal obra:

«Vive seguro de que eternamente,

En tanto, al menos, que en la cuarta esfera

Sus caballos aguije el rubio Apolo,

Tendrás claro renombre de valiente,

Tu patria será en todas la primera,

Tu sabio autor, al mundo único y solo.»

Estos versos, escritos nueve años antes que aquellas palabras que puso en boca de Sansón Carrasco, allá en el capítulo III de la segunda parte, para hacer saber a don Quijote, que su famosa historia andaba ya en stampa, diciéndole, que se había impreso en Portugal, Barcelona y Valencia, «y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca», revelan que el hijo insigne de la antigua Compluto, tenía la certeza de que su maravilloso *Quijote* debía de inmortalizarlo. Claro está que tal predicción no puede tomarse rigurosamente al pie de la letra, por el motivo que la edición de Barcelona no se publicó hasta 1617, saliendo de las prensas de Bautista Sorita la primera parte, y la segunda, de las de Sebastián Matevat, siendo la capital de Cataluña la primera en imprimir ambas partes a la vez. Tampoco se había impreso aún en Amberes, puesto que la primera edición publicada en esta ciudad belga, impresa por Jerónimo y Juan Bautista Verdussen, no salió a la luz hasta 1670. En cambio, cuando escribía las palabras que se acaban de transcribir, se habían impreso ya el año 1605, dos ediciones en Madrid, tres en Lisboa y dos en Valencia. En 1607 y 1611 salen de Bruselas, de las prensas de Roger Velpivs, otras dos, y en 1608, la tercera reimpression hecha en Madrid, por Juan de la Cuesta, a la que siguió otra impresa en Milán, en 1610, por el Heredero de Pedromártir Locarni y Juan Bautista Biddello.

También vió la luz en vida de Cervantes, la primera traducción inglesa, hecha por Tomás Shelton, que se publicó en Londres, en 1612, y la versión francesa debida a César Oudin, salida de las prensas de Jean Foüet, en París, en 1614. Once

ediciones publicadas en su lengua original y las dos versiones citadas, demuestran el éxito sorprendente de la que podemos llamar novela sin par por excelencia, la mejor de todas las que forman parte en la lista de nuestra literatura, única en su género, la más gallarda por la galanura de su estilo y pureza de sus giros, modismos caballescrescos, locuciones, frases y palabras; por la sencilla agudeza de sus sentencias, la belleza de sus descripciones, la profunda, al par que clara y amena filosofía de sus diálogos, el retrato, en fin, que nos ofrece del corazón del hombre, con sus luchas y pasiones, quimeras y desengaños, alcanzan en ella tal grado de perfección, que puede decirse, sin rebozo alguno, que es un humano poema donde pueden estudiar los hombres doctos y aprender mucho los ignorantes. Por eso es estimado por unos y por otros, y no es de extrañar que, después de la Biblia, sea el libro que actualmente cuenta con más ediciones.

En fin, el vaticinio de Cervantes de que su obra «no ha de haber nación ni lengua donde no se

traduzca», se ha cumplido en todas sus partes; tanto es así, que se ha traducido en treinta y un idiomas, y publicado hasta el presente, cerca de mil ediciones en diversas lenguas, entre las cuales se cuentan 325 impresas en la suya original, siendo las últimas la publicada por la Casa Editorial Bauzá, que va adornada con los artísticos grabados de Gustavo Doré, e ilustrada con notas de Clemencín, cuyos elementos por sí solos son alicientes para que esta nueva edición sea adquirida por los hombres doctos e indoctos, y la otra, aunque puede decirse que se trata de una reimpresión, la que ha salido de las prensas del editor señor Seix, que la hermosean las bellas y artísticas láminas de don J. Moreno Carbonero, en cromolitografía, y adornada con cabeceras e iniciales policromadas, debidas a diferentes artistas.

Este es el asombroso éxito de la maravillosa novela, éxito que corroboran aquellas palabras de su propio autor, de que «Los niños la manosean, los mozos la entienden y los viejos la celebran.»

Una fecha que no debemos olvidar

Hoy, 23 de abril, se cumple el CCCXIV aniversario que desapareció del mundo de los vivos aquel portentoso ingenio, que viendo cercana su muerte, escribió en el prólogo de su obra póstuma, estas sentidas palabras: «Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida». Me refiero al manco sano, al famoso todo, al escritor alegre y al regocijo de las Musas; a aquel que en la naval dura palestra perdió el movimiento de la mano izquierda para gloria de la diestra, que le ha inmortalizado, y con la que pudo escribir a la mañana siguiente que le dieron la extremaunción, o sea cuatro días antes de su muerte, aquella sentida epístola dirigida al conde de Lemos, que a guisa de dedicatoria va al frente del *Persiles*, con estos versos:

«Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.»

Sí, hoy hace trescientos catorce años que dejó de existir el más grande de los ingenios españoles que legó a la humanidad el inimitable *Quijote*, ese libro maravilloso de todos los tiempos y pueblos, llamado por antonomasia la Biblia del buen humor; esa novela sin par que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entien-

den y los viejos la celebran», por ser altamente humana y llena de enseñanzas.

No es este el momento más adecuado para analizar lo que sin rebozo alguno podríamos llamar obra cumbre de Cervantes, ni ninguna de las que salieron de su festiva pluma, sino el momento oportuno para recordarle y rendirle, como merece, un tributo de admiración, como en pago del rico tesoro literario que hoy poseemos, porque no en balde escribió al principio del capítulo IV del *Viaje al Parnaso*, lo siguiente:

«Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa Galatea
Salió para librarse del olvido.

Soy por quien *La Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable,
Si esto a su fama es justo se le crea.

Yo con estilo en parte razonable
He compuesto comedias, que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede
A muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede».

¿Son estos versos una amarga queja reveladora de los infortunios y contratiempos que sufrió su autor durante su azarosa vida, o bien un irónico recordatorio para que las futuras generaciones venerasen su nombre eternamente a cambio de la riqueza literaria que las legaba? Ambas cosas quizá movió a escribirlos al que, al través del tiempo, ha merecido ser llamado artista de la palabra, honra y gala del ingenio humano, y en lenguaje y estilo único.

Yo creo que no sólo los que nos llamamos cervantistas, sino todos los amantes de las buenas letras y de la cultura, debemos, en día como hoy, rendir un humilde homenaje al que con su maravilloso *Quijote* logró desterrar para siempre la pernicioso lectura de los libros de caballerías, cosa que no pudieron alcanzar los obispos con diferentes providencias y cartas pastorales. Y los que estamos más obligados, no a rendirle un humilde homenaje, sino a levantarle un grandioso monumento, somos los que moramos en esta culta capital por los bellos elogios que le dedicó en sus inmortales obras, especialmente en *Las dos Doncellas*, en el capítulo 72 de la segunda parte del *Quijote* y en el *Persiles*. Varios han sido los autores que en sus obras han prodigado justas alabanzas a la ínclita Barcelona, pero ninguno le ha igualado en belleza, al que escribió Cervantes en la primera de las citadas novelas, donde se leen estas hermosas palabras: «Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.»

Este hermoso elogio que hace de Barcelona, que puede parangonarse con el que escribió en el capítulo LXXII de la segunda parte del *Quijote*; la relación de la lucha trabada con la gente de las galeras que se había revuelto contra la de la ciudad; los sucesos que narra ocurridos a Marco Antonio, don Rafael, Teodosia y a Leocadia, de los cuales salen sin daño alguno de la furia de la multitud, debido al auxilio que les presta un caballero principal llamado don Sancho de Cardona, que se los lleva a su casa con Marco Antonio gravemente herido, donde son solícitamente cuidados todo el tiempo que éste tarda en sanar; el doble casamiento efectuado en su casa entre Marco An-

tonio y Teodosia, don Rafael y Leocadia, «vistiendo a las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora del linaje de los Granollesques, famoso y antiguo en aquel reino»; el decir «que es condición natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos, y favorecer a los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna»; el comedido despedimiento que hace el cortés caballero catalán a sus cuatro huéspedes al partir para su patria, diciéndoles «que de su natural condición nacía hacer aquellas obras, u otras que fuesen buenas a todos los que conocía o imaginaba ser hidalgos castellanos», y el detalle que da de que Marco Antonio y don Rafael, acompañados de sus respectivas esposas, vestidas de peregrinas, «en tres días llegaron a Montserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que a buenos católicos y cristianos debían, con el mismo espacio volvieron a su camino», son cosas narradas por quien fué espectador de ellas.

Esta romería al Santuario de la Virgen de Montserrate revela que el mismo Cervantes rezó quizá más de una vez ante la imagen de la Patrona de los catalanes, puesto que en el siglo XVII, los monjes de aquel monasterio, tenían la costumbre establecida de que los forasteros no podían residir allí más de tres días. Otro de los datos que dan indicios de que nuestro famoso autor oró más de una vez en el citado monasterio, son los siguientes versos que escribió al principio de la jornada cuarta de *El Tra-to de Argel*, que dicen:

«Virgen de Montserrate,
Que esas ásperas sierras hacéis cielo,
Enviadme rescate,
Sacadme deste duelo,
Pues es hazaña vuestra
Al mísero caído dar la diestra.»

Pero donde Cervantes demuestra más su admiración hacia Barcelona y a sus moradores, y revela haber convivido entre ellos largo tiempo, es en la segunda parte de su inmortal *Quijote*. Su propósito, dice en el capítulo IV de la citada parte, era llevar al famoso héroe manchego y a su fiel escudero a Zaragoza, propósito que vuelve a repetir en los capítulos LVII y LVIII, y que no realizó por el motivo siguiente: Estaba escribiendo el LIX cuando tuvo la noticia de haber salido de las prensas de Felipe Roberto, en Tarragona, en 1614, el *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrito por el encubierto licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, cuando se enteró que dicho autor se le había adelantado en mandar al protagonista de su novela a la capital de Aragón, no para contender y romper lanzas con el señor de Charní, con don Diego Pimentel, ni con otros ca-

balleros, sino para que hiciese mil locuras so pretexto de llevarle a la cárcel y para que le azotasen. Tan inopinado suceso fué motivo poderoso que forzó a Cervantes a que los héroes de su hermosa y humana fábula no entrasen en la capital aragonesa, de cuyo hecho se disculpa en el mismo capítulo LIX en esta forma: «Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice.» Y creyendo que esto no bastaba para sincerarse ante la mordaz crítica, añadió en el capítulo LXXII: «Sepa vuesa merced, mi señor don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberse dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella; y así, me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única.»

Este bellissimo elogio que hace de Barcelona, el que se ha copiado ya de *Las dos Doncellas*, los episodios que cuenta Ambrosia Agustina en el capítulo XII del libro III del *Persiles*; los muchos caballeros que salieron de la ciudad a recibirla, y de otra gente principal de las galeras, aposentándola, junto con las personas que con ella desembarcaron, en una suntuosa casa; aquello que se lee, también, al fin del mismo capítulo, de «aquella noche se alteró el mar de modo que fué forzoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura», seguido de: «Los cortesés catalanes, gente enojada, terrible y pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por su honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo, son testimonios que certifican claramente el conocimiento que tenía Cervantes de Barcelona, del carácter de sus habitantes, de sus costumbres, y hasta de la seguridad de su playa.

También en *La Cueva de Salamanca* demuestra Cervantes que conocía a Cataluña y a su capital, puesto que en este entremés comienza a verse dibujada la silueta del célebre Rocaguinarda por el estudiante Carraolano, en esta forma: «Iba a Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vine solo; determiné volverme a mi tierra: robáronme los lacayos o compañeros de Roque Guinarde, en Cataluña, porque él estaba ausente; que estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio; porque

es muy cortés y comedido, y además limosnero.»

A estos pasajes demostrativos de que el regocijo de las Musas recordaba con frecuencia en sus inmortales obras el nombre de Barcelona, se pueden añadir otros. En el libro segundo de *La Galatea*, dice Silerio que embarcó en Cádiz, y «en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos... Acordé de volverme a Barcelona, adonde, como ciudad más grande, podría hallar quien me acomodase de lo que me faltaba». En el libro quinto de la misma obra dice Timbrio: «Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió a la playa mucha gente armada, cuyo traje y lengua dió a entender ser catalanes y ser de Cataluña aquella costa... En este entretanto fué Darinto a Barcelona, donde, preveyéndose de lo que menester habíamos, dió la vuelta». En *La Fuerza de la Sangre se lee*: «Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dió crédito de muchos dineros para Barcelona... Ofreciéndosele ocasión de cuatro galeras que estaban a punto de venir a España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas... y, con próspero suceso, en doce días llegó a Barcelona.»

También en la primera jornada de *El Trato de Argel* menciona a la ciudad de los Condes en estos versos:

«Quitóle libertad el hado esquivo;
De Málaga pasando a Barcelona,
Cautivóle Mamí, corsario altivo.»

Y en la *Adjunta al Parnaso*, preguntando el mismo Cervantes a Pancracio de Roncesvalles, cómo, cuándo y a qué fué al Parnaso, le contesta el poetillo: «Cómo fuí, fué por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona.» En el capítulo XII, del libro III, del *Persiles*, se lee que Periandro, Auristela y demás acompañantes, «llegaron a Barcelona a tiempo, cuando llegaban a su playa cuatro galeras españolas, que disparando y haciendo salva a la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua.»

Que el gran ingenio complutense no perdía ocasión de manifestar su amor a Barcelona y su probada admiración hacia la hidalguía catalana, lo demuestran los ejemplos que se han citado, y el hecho de haber llevado a la bella y culta capital de Cataluña a los héroes de su inmortal *Don Quijote*; el convertirla en escenario para desarrollar los más importantes sucesos que se leen en su maravillosa fábula, como es el vencimiento de Don Quijote por el caballero de la Blanca Luna, que bajo tan pomposo nombre, se encubría el bachiller Sansón Carrasco, cuyo vencimiento es el

fin y remate de las aventuras del famoso paladín manchego; las discretas escenas que pasan en sus calles y en casa de don Antonio Moreno; la significativa visita que hace el sublime loco a una de las mejores imprentas, y el haberle dedicado a Cataluña y a su hermosa capital siete capítulos de la más bella obra que ha producido el humano ingenio, o sea desde el LX hasta el LXVI y parte del LXXII de la segunda parte de su novela sin par, son hechos muy elocuentes que significan que Cervantes quiso rendir con ellos un hermoso homenaje de admiración como recuerdo a la hidalga ciudad que tan bien le había acogido durante su larga estancia en ella allá por los años 1606 a 1607.

En los citados capítulos, particularmente en los tres primeros, cualquier mediano lector podrá ver que es donde Cervantes revela poseer conocimientos muy singulares de la topografía de Barcelona y de sus alrededores, del carácter y costumbres de sus habitantes, y de conocer a fondo las enconadas luchas que sostenían a principios del siglo XVII, los dos bandos llamados nyerros y cadells, y la pintura que hace en el capítulo LX del famoso bandolero Rocaguinarda, a quien no cabe duda que conoció personalmente. Induce a creer esto, las escenas que narra en el mismo capítulo y los detalles y pormenores que da del célebre caudillo de los nyerros y de su buena gente, y el comienzo del capítulo LXI, que dice: «Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y, si estuviera trescientos años, no faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecían, acullá comían. Unas veces huían sin saber de quién, y otras esperaban sin saber a quién. Dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorrey de Barcelona había echado sobre su vida le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos o le habían de matar o entregar a la justicia: vida, por cierto, miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho, con otros seis escuderos, a Barcelona.»

Todos estos detalles y pormenores de los hechos expresados, dicen claramente que no son fruto de la imaginación del novelista, sino escritos y narrados por quien fué testigo presencial de

ellos; así lo confirma el epígrafe del citado capítulo, que dice: «De lo que le sucedió en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.»

Tampoco pertenece a la fábula, sino a la realidad, la visita que hizo don Quijote (cuyo nombre encubre el de Cervantes), a una de las imprentas más importantes de Barcelona, que fué la que poseía Sebastián de Cormellas en la calle del Call, quien con su hermano Francisco, había ejercido el arte de imprimir en Alcalá cuando residía allí el manco sano. Esto hace presumir que entre el impresor catalán y el gran novelista existía amistad, la que debió ser mantenida por medio de cartas que dieron por resultado que cuando éste vino por segunda vez a Barcelona le visitase y aun quizá fuese su huésped.

No es menos curiosa la descripción que hace nuestro autor de la playa de la capital de Cataluña, la visita que don Quijote y Sancho, don Antonio Moreno y otros caballeros hicieron a las cuatro galeras ancladas en ella, que mandaba un caballero principal valenciano, como lo era don Pedro de Vique, que cita en *Las dos Doncellas* que, con seguridad, es el mismo que menciona don Gregorio Mayans en su *Vida de Cervantes*, que fué general de las galeras de la carrera de las Indias en el reinado de Felipe III. La noticia que da del vigía que señalaba la clase de bajeles, que divisaba, diciendo: «Señal hace Montjuich que hay bajel de remos en la costa por la banda del poniente», es otro indicio de que Cervantes estuvo tiempo en Barcelona.

Paso por alto la presa por las galeras, del bajel en que iba la hija de Ricote y los episodios que ella cuenta en el capítulo LXIII, así como el vencimiento de don Quijote por el caballero de la Blanca Luna, que se narra en el LXIV, para copiar las sentimentales palabras que puso el rey de los novelistas españoles en boca del vencido héroe: «Al salir de Barcelona volvió don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo: Aquí fué Troya; aquí mi desdicha y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse». Todo esto, y aquellas palabras que dice don Quijote en el capítulo LXXII a don Alvaro Tarfe, alusivas a la ciudad Condal, de que «los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto».

Que a Cervantes no le guió otro móvil al mandar a Barcelona el más preciado fruto salido de su privilegiado ingenio que rendir el más grande ho-

menaje para perpetuar el recuerdo de su estancia en ella, lo demuestra en los siete capítulos de su libro cumbre, donde los episodios que en ellos se narran suceden en nuestra ciudad en vez de suceder en otras regiones cercanas a la Mancha o en la misma meseta de Castilla. ¿Por qué no tomó por escenario de los mismos a Sevilla, Valladolid o Argamasilla de Alba, de cuyo nombre no quiso acordarse? La respuesta está en la mano, diría Sancho; porque las amarguras y sinsabores que pasó en sus cárceles se lo vedaron, y sólo le permitieron que describiese de la primera de estas poblaciones, la vida y milagros de los rufianes, hampones, truhanes, fulleros, mujeres del partido y gariteros en su *Rinconete y Cortadillo*, y casi los mismos personajes, acompañados de alguaciles, corchetes, soldados, gitanos y hechiceras, en el *Coloquio de los perros*, y sobre todo, de los sujetos que hace desfilar en el entremés *La Cárcel de Sevilla*. En fin, toda gente baja y ruin, muy contrapuesta a la que agasajó a don Quijote en Barcelona, en la cual figuraba el visorrey, el general de las galeras, don Antonio Moreno y otros caballeros de la nobleza catalana.

En Valladolid pasan las acciones de las novelas *El Casamiento engañoso* y la del *Coloquio de los perros*; y, del hospital de la Resurrección sale el alférez Campuzano, para contar al licenciado Peralta todo lo que había oído contar a Cipión y a Berganza, a quien comúnmente llamaban los perros de Mahudes, guardianes de aquel benéfico asilo, mas en ninguna de estas dos novelas, que recuerdan la estancia de Cervantes en la citada ciudad, se lee el más ligero elogio en su alabanza. Lo mismo puede decirse de Madrid, donde suceden parte de los episodios que se cuentan en *La Gitanilla*; de Toledo, teatro de *La Ilustre Fregona* y de *La Fuerza de la Sangre*; Salamanca, que lo es de *La Tía fingida*, ni de otras muchas

ciudades que menciona en las páginas de sus inmortales novelas.

Por los motivos que acabo de exponer, merece el regocijo de las Musas y el famoso todo, que los que admiramos sus festivas e inimitables obras, le tributemos este sencillo y humilde homenaje hoy, que es el aniversario de su muerte. Esto es lo menos que podemos hacer en día tan señalado, para perpetuar la memoria del más grande de los ingenios españoles, harlo olvidado de los que tienen el ineludible deber de que Barcelona, la culta y rica Barcelona, cuyo glorioso nombre llevó a las más apartadas regiones del mundo, le levante un suntuoso monumento en donde se vean esculpidos los hermosos elogios que le dedicó en sus inmortales producciones, y los episodios más importantes ocurridos en nuestra ciudad, que se narran en el *Don Quijote*, libro por excelencia cosmopolita, escrito para los hombres de todos los tiempos y países; de ese maravilloso libro que ha logrado subir a las más altas cimas de la gloria de la inmortalidad, y que la cultura de los pueblos le ha convertido en mina inagotable de profundos estudios.

Y para no cansar más a este benévolo auditorio, pongo fin a mi humilde trabajo con aquellas palabras del ilustre americano señor Montalvo: «Y tú, Cervantes, a quien he tomado por guía, como Dante a Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la lengua que immortalizaste, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y aníname; llégate a mí, y apóyame; dirígeme la palabra y enséñame.»

JUAN SUÑE BENAGES

(Trabajo leído en el *Círculo Republicano de Barcelona*, en la velada literaria celebrada la noche del 23 de abril de 1930, con motivo del CCCXIV aniversario de la muerte de Cervantes.)

LIBROS DE TEXTO

COMPRA Y VENTA DE TODA CLASE DE LIBROS NACIONALES Y EXTRAN-

JEROS

LIBRERÍA DUBÁ

17, Aribau, 17
BARCELONA

EXTENSO SURTIDO EN LITERATURA-ARTE-MEDICINA-DERECHO-MÚSICA

ETC.

La interpretación del Quijote

Para el clarividente entendimiento de los doctos, que en todo tiempo y ocasión han aquilatado prolijamente el valor de la crítica cervantina, y que, a través de la misma, han podido establecer su juicio particular o su convicción íntima de lo que es o quiere representar *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, este nuevo intento de definición, interpretación o comentario sintético, será, a no dudar, sobrada audacia imperdonable. De antemano nos someteríamos a tal fallo si tan autorizadas opiniones no estuviesen entre sí en innegable discordancia. Porque si preguntamos qué es el Quijote, cuál la idea fundamental de su autor, cuál su carácter filosófico, su fin, en suma, es evidente que hoy, como siempre, no podríamos armonizar una contestación definitiva, y cada cual seguiría teniendo la suya por verdadera. Mas, atendiendo al propósito inicial de este trabajo, modesta contribución al estudio del libro inmortal, grano de arena puesto en la obra de una divulgación muy necesaria, y, por tanto, exento de todo carácter contradictorio particular, más que la crítica favorable o adversa, estimaremos la indulgencia al espíritu que lo guía, ya que no a su armazón literaria; y es fuerza que todos queden con su opinión, respetable siempre, para exponer la nuestra libre de todo prejuicio contra nadie, porque hoy escribimos para todas y cada una de las varias categorías en que se suelen dividir los lectores del *Quijote*. Y la razón de hacerlo nace de la misma incertidumbre, si consideramos que más de tres siglos de definiciones erróneas, interpretaciones arbitrarias y comentarios caprichosos, no han bastado para descifrar la causa originaria que impulsó a Cervantes a volcar su ingenio en tal inimitable argumento. Por eso queremos ver estos breves apuntes a la luz de nuestro propio criterio, aunque coincidamos en muchos puntos con indiscutibles autoridades cervantinas.

Es ya axiomático que cuando hablamos de Cervantes hablamos del *Quijote*, y a la inversa; y por este motivo preciso será hablar de la obra y del autor, aun cuando del último sea lo estrictamente necesario, para no desviar nuestro objeto. Podemos ahora establecer la posición del tema con algunas citas antiguas y modernas explicativas de las ideas atribuidas a Cervantes, como punto de partida de nuestras deducciones, de compa-

ración con las no afines y de demostración de que la finalidad del *Quijote* es una sola y lógicamente no pueden ser varias a la vez.

Se ha dicho: que el *Quijote* no es más que una sátira contra los monarcas del siglo XVI, representados por el andante caballero; que éste simboliza la España corrompida y agresiva de Felipe III, en la que el pueblo habla por boca de Sancho; que es un conjunto de sátiras personales indirectas; que por sus páginas vaga un oculto espíritu indescifrable; que no pasa de ser una novela humorística, y, por fin, que es una segunda Biblia; y mientras unos afirman que no hay que apreciar más que sus bellezas literarias, aferrándose al análisis gramatical y retórico, otros llegan a la exageración y nos demuestran a su manera, según el sector científico en que se sitúan, que el *Quijote* es un excelente tratado de Medicina psicológica, de Geografía, de Historia, de Filosofía, etcétera. Otros muchos simbolismos se le atribuyen, pero bastan los dichos a nuestro objeto. Por nuestra parte decimos que el *Quijote*, en conjunto, es más que todo eso, pero no tanto como eso visto por separado. Esta paradoja es lo que constituye nuestra interpretación y es la incógnita que pasamos a despejar.

Ante todo queremos formular estas preguntas: ¿Escribió Cervantes para los sabios, o para el pueblo? ¿Para los eruditos o para los ignorantes? Afirmamos que Cervantes puso su pensamiento en ser comprendido de altos y bajos, nobles y plebeyos. Su pensamiento es clarísimo como la luz; no encontraremos en él ni el sofisma ni la retórica ampulosa que oscurezca el brillo de las ideas, fecundas todas. No emplea la parábola; sí el razonamiento profundo que da a sus juicios el valor de grandes concepciones. Y así tenía que ser, porque el pensamiento, en Cervantes, es lo íntimo de su conciencia. Difícilmente encontraríamos un libro de épocas pasadas que en vida de su autor haya tenido el número de ediciones y ejemplares que tuvo el *Quijote*, a pesar de las diatribas que hubo de sufrir en los envidiosos de su gloria. Ello demuestra que la obra incomparable fué comprendida y admirada desde el primer momento: pero hubo de transcurrir más de un siglo para que se le reconociera un mérito extraordinario, y

es justo decir que en no poca parte contribuyeron a ello diversos personajes extranjeros. Cervantes mismo logra darse cuenta de la trascendencia de su trabajo, y nos dice: «A mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca»; y los hechos han sobrepasado su convicción.

Es evidente que los que no han recibido una instrucción sólida o no se han preocupado de adquirir una mediana cultura, no están en condiciones de ver en el *Quijote* más que lo que leen, sin intentar siquiera profundizar su alcance. Mas, diremos que tampoco es preciso, porque de cualquier modo que se lea no se encontrará más que la esencia de lo bueno, lo bello y verdadero; y eso basta, porque no otro es el espíritu del *Quijote*.

El sentido oculto, enigmático, misterioso, no existe; y no es lícito buscar un simbolismo a cada frase, a cada acto, a cada aventura, que más daña que enaltece. Podrán compararse esas hazañas con actuaciones de Estados, majestades y señores como ejemplos de moral, por la virtud que encierran, pero no atribuirlo al pensamiento del autor; que una cosa es dejar volar la fantasía y otra muy distinta la realidad. Por esto cabe afirmar que las sátiras y las aventuras del *Quijote* están libres de personalismos, indirectas y segundas intenciones. Esto hay que proclamarlo en honor de Cervantes, pues allí donde ha querido aludir a alguien lo ha hecho de un modo que, sin citar el nombre, lo ha dejado entrever claramente, como a Avellaneda, a Garcilaso y a Lope de Vega. Cuando dice: «un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás», es una alusión bien notoria al Conde de Lemos. Y si algún personaje hay disfrazado en sus capítulos, es el mismo Cervantes, con el nombre del historiador Cide Hamete Benengeli, descubrimiento hecho ha muchos años por don José Conde, al analizar el nombre árabe.

Muchos comentadores han hablado del sentido filosófico del *Quijote*, y creemos que es en el aspecto que menos ha sido comprendido. La filosofía puede tratar de muy distintas cosas, porque filosofía es esto mismo: el conocimiento de todas las cosas por sus causas y efectos. Creemos que en el *Quijote* no existe una filosofía trascendental, porque no hay problema. Pero esto no quiere decir que no exista en él un alto valor filosófico; éste es el que puede considerarse como el concepto natural o filosofía del pueblo, que no quiere saber de otras filosofías. No pretende, como Sócrates, encontrar la verdad única, para confesar después que nada sabe. Ni como Kant, que va

más allá y nos dice que no la sabremos nunca. No; Cervantes no busca la verdad; la dice tal como su recto espíritu la siente; porque sabe ver las cosas como son en realidad. Es, pues, su filosofía, el resultado del examen de toda razón lógica, llana y clara. Hemos también de desechar la idea de que el *Quijote* sea una novela, en su sentido estricto, y mucho menos de que sea una novela satírica o burlesca, como definen algunos comentaristas, y es más exacto incluirla en la categoría de historia, esto es, como narración verdadera de sucesos pasados, porque así la denomina su autor, aunque se refiera a hechos imaginarios, considerando que toda novela se convierte en historia en cuanto en el pensamiento del lector aparecen como ciertos los hechos relatados. No hemos de adoptar, sin embargo, esta denominación, con criterio cerrado: otras más valiosas puede tener, pero surge la dificultad al considerarla en conjunto, contentándose los más con llamarla obra o libro, temerosos de no saber expresar con acierto su idea general, por cuanto no todo es historia ni todo es novela. A nosotros nos basta saber que es el mejor libro entre los mejores.

Descartadas las suposiciones a nuestro juicio erróneas, queda por analizar lo más importante: la idea fundamental. Nosotros admitiremos una solamente, formulada así: Cervantes escribió el *Quijote* con el pensamiento fijo en desterrar las nocivas lecturas de los libros de caballerías y no en otra cosa alguna. Reiteradamente lo confiesa, y hay que creerlo de un modo absoluto; porque suponer otra cosa en la sinceridad de sus palabras es dar estado a un enigma perpetuo, con notorio agravio al autor y a la obra; pero entendemos que dentro de esta idea cabe una amplia interpretación.

Caballería no quiere referirse exclusivamente a los caballeros que andaban por sendas y vericuetos anhelando que se les deparase alguna aventura para probar la fuerza de sus brazos. Deben incluirse en la misma los altos, aunque falsos, conceptos del honor y del valor, en cualquier lugar y circunstancia en que se encuentren. Para acabar con aquellas reminiscencias medioevales escribió Cervantes su obra; y los conceptos morales y filosóficos de que carecían y les eran atribuidos son precisamente los que nosotros debemos ver en el *Quijote*; esto es, el simbolismo moral no aplicado a nadie en particular, pero sí a todas las cosas y a todo el mundo. Ejemplo eloquente de que éste fué su propósito son las siguientes palabras puestas en boca del cura durante el escrutinio de los libros de don Quijote,

refiriéndose a «Palmerín de Oliva»: «esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas». En esta condenación está resumido el pensamiento de Cervantes.

Dejando aparte su argumento, diremos algo de sus materiales literarios. La cultura de Cervantes, superior a toda ponderación, le permitió sin esfuerzo crear una maravilla. Su vasta erudición, la ausencia del mal gusto en ningún pasaje, la gracia con que sabe adornar el relato con adagios, proverbios y refranes, la penetrante crítica, la jovialidad y su estilo inimitable forman un conjunto armónico insuperable. La construcción de sus frases son un canto a la belleza; la obra un poema en prosa. Pero el lector no debe detenerse en la forma literaria, en la música de las palabras, y, por el contrario, son las ideas las que deben concentrar su atención. Se ha repetido hasta la exageración que el *Quijote* representa la lucha entre lo real y lo ideal, y si por tal se toma la locura relativa de don Quijote y las atinadas razones de Sancho, esto es cierto aplicado no más que al hecho en sí, pero no podemos admitirlo como síntesis de la idea general. Porque si es verdad que el *Quijote* ha pasado a través del tiempo por las tempestades que han modificado el pensamiento y con él las ideas representativas de diversas teorías y escuelas, por el empuje de la Ciencia, adaptándose en todo momento al ambiente vivido, se desprende que del mismo modo continuará estando a tono con todas las épocas y todos los pueblos, a pesar de todas las alternativas que puedan tener sus idearios. Esta es la mayor y mejor virtud que en sus páginas anida.

Después de lo expuesto adivinamos un interrogante mental: ¿qué es, pues, en definitiva el *Quijote*? Y es aquí donde la pluma vacila y la palabra se entorpece ante la grandeza de lo que habrían de decir; y es aquí donde es más necesaria la benevolencia si no acertamos a loar al autor y a la obra con todos sus merecimientos.

Don Quijote de la Mancha es el libro único, inimitable; y aunque ha tenido algunos imitadores desgraciados, ¿de dónde podrá surgir el genio que logre imitarlo verdaderamente? Sería vano el empeño porque el *Quijote* es una obra original que llevó su espíritu a los ámbitos más recónditos del mundo, sin dejar lugar ni cabida a otras semejantes.

Es la obra a quien cupo la gloria imperecedera del triunfo, en su magnífica reacción contra las leyendas caballerescas; de tal modo, que haciendo retroceder la avalancha malsana de tantos Palmerines, supo orientar el cerebro de los españoles hacia otros fines de bondad y sabiduría, de-

jando el germen que había de fructificar en las generaciones sucesivas. Si analizamos las circunstancias en que fué concebida esta producción, comprenderemos todo su valor. Cervantes, soldado, cautivo, funcionario, escritor, errante siempre en el vaivén azaroso de su vida, estudió el alma de los pueblos, recogió el aliento de las muchedumbres, con sus vicios, virtudes y pasiones, concentró en fin, la vida real y la presentó al mundo de tal forma, que las más encontradas ideas se rindieron a la fuerza moral de su pensamiento. Para este resultado era precisa una labors constante, unida a la tranquilidad de espíritu que jamás pudo conseguir; y sin embargo, sobre todas las vicisitudes brilló la potencia asombrosa de su voluntad.

Es ahora cuando podemos hacer una afirmación concreta: Cervantes supo desarrollar su idea, la realizó, la dió vida; pero insensiblemente, de un modo insospechado para él, se salió de los límites trazados y lo invadió todo con el raudal inagotable de su genio.

Fué como una pintura de Leonardo o de Miguel Angel, pretendiendo salirse del marco; como una fuerza superior rompiendo el equilibrio de las cosas; infinita, como su alma. El resultado de esta natural extensión de su plan fué la joya literaria más valiosa que vieron los siglos, sin par y sin comparación posible, porque es sabido que todas las comparaciones son odiosas, aunque existan obras de otro género de mérito indiscutible; pero nunca de tal magnitud. Y armonizado con la gracia sutil del lenguaje, con la impecable dicción de una prosa estilizada con el sello de inconfundible poesía, brilla sobre todas las cosas el ingenio, porque el *Quijote* es eso: el libro más ingenioso.

Ahí está, con sus episodios vivientes, su moral: que nadie, alto o bajo, desdeñe sacar de ellos una consecuencia o una enseñanza.

Es, entre todos los libros españoles, el más popular; y en el extranjero, el más estudiado entre los sabios; y por esto mismo, cuando son los pueblos sin distinción de clases los que proclaman la fuerza emotiva de las cosas con el ánimo absorto en su contemplación, es que esas cosas llevan en sí un altísimo título de nobleza.

Si abandonamos por un momento su asunto, su fábula, y dedicamos nuestra atención al examen de los sublimes pensamientos e ideas que nos brinda su lectura en cualquier pasaje en que nos detengamos, veremos de qué modo tan natural supo Cervantes ofrecernos los más bellos ejemplos de todas las disciplinas, así materiales como espirituales. Nos habla allí de las letras, de la mú-

sica, de la Ciencia y de la Historia; de la paz y de la guerra, de la patria, del valor y del honor; del destino, de la suerte y la desgracia; del amor y de la belleza; de la voluntad y de la esperanza; de la amistad; de los nobles, de los pobres y de los ricos. Es en conjunto la visión de la vida. Es... la vida misma.

He aquí algunos de estos sublimes pensamientos: «La valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza». «Lo que cuesta poco se estima en menos». «El retirarse no es huír, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja a la esperanza». «La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre». «Más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las rumanas voluntades». «No hay libro tan malo que no tenga algo bueno». «El amor ni mira respetos ni guarda términos de razón en sus discursos y tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes como las humildes chozas de los pastores».

Tal es la obra, de trascendencia universal: fiel reflejo de las realidades humanas, luz inextinguible del entendimiento, plantel de ideas, enseñanza suprema. Su síntesis, la aplicación de sus máximas a cada caso particular.

El estudio de estas grandes concepciones de la inteligencia y el anhelo de su profundo conocimiento han ido formando el culto a Cervantes y a su obra, llegando a constituir la noble religión del cervantismo, integrada por hombres de todos los países.

Esta labor nuestra pretende cumplir dos fines: Difundir esa religión entre los que han leído y comprendido el *Quijote*; entre los que habiéndolo leído no lo han comprendido, y entre los que no lo han leído nunca, como aspiración suprema de que no quede un solo español sin tener una noción completa de lo que representa el libro inmortal; y por otra parte, rendir un ferviente homenaje de admiración a su autor, el hombre sabio, noble y bueno que se llamó MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

ANTONIO MALDONADO RUIZ

NOTA CERVANTINA

Digo, pues, en la venta de la primera parte del *Quijote*, donde fué recordada la discordia del de Agramante, a causa de las discusiones y riñas sobre la bacía de barbero disputada por yelmo de Mambrino y la albarda convertida en jaez de caballo, confabulados los burladores del hidalgo manchego, que tranquilo dormía, se llegaron a él «asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies», le metieron en una jaula de madera y acomodaron ésta en un carro de bueyes.

«Cuando don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo:—Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que a los caballeros encantados los lleven de esta manera, y con el espacio que prometen éstos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires, con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, o en algún carro de fuego, o ya sobre algún hipogrifo u otra bestia semejante; pero que me lleven a mi agora

sobre un carro de bueyes ¡vive Dios que me pone en confusión! Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos. Y también podría ser que, como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar a los encantados.» (1).

Encantados no, es cierto, pero caballeros andantes muy famosos hubo que, según refieren las historias de sus aventuras, fueron llevados en carreta; alguno, cual Lanzarote del Lago, voluntariamente, otros, como Bohort y Gauvain (1), contra sus deseos y atados de pies y manos, al igual que don Quijote (2).

Que del vehículo tirasen bueyes o un escuálido jamelgo es punto secundario.

De la aventura de Gauvain en el castillo de

(1) Parte I, capítulo XLVII.

(2) El *Boores* y el *Galuan* castellanos.

(2) *The Vulgate version of the Arthurian Roman-*

Corbenic, dice el texto: «... oit uenir grant plente de gent. Si sent con le prent par les bras & par les pies & par les espaulles & par la teste si le porte on hors de la sale & lont bien loiet en vne Karrete qui en mi la cort estoi & illueques demora il dusques au ior.»

Y ocurre preguntar: ¿Podieran los episodios de la carreta en *Lanzarote*, sugerir a Cervantes el encantamiento de don Quijote en la forma que aparece descrita en los capítulos XLVII de la primera parte de la novela? Que el *Lanzarote* era conocido de Cervantes lo patentizan diversos pasajes de la primera parte del *Quijote*; que hubo antes del siglo XV versiones en castellano del libro *Lancelot du Lac* lo asegura Clemencín en nota al *Quijote*, y que era común en España su lectura. «Ahora no se encuentra», añade Clemencín, y, en efecto parece haberse perdido, por lo menos la parte que contiene la propia historia de los hechos de aquel héroe, porque el *Lanzarote* francés en prosa viene a constar de cinco libros: la *Historia del Graal*, *Merlín*, *Lanzarote*, la *Demanda del Graal*, la *Muerte del rey Artús*, y una división análoga puede ser apreciada en el libro de caballerías en castellano que contiene *El baladro del sabio Merlín* y *La Demanda del sancto Grial* (1); echándose de ver fácilmente que falta la parte correspondiente a los hechos de *Lanzarote*. Allí estaría, sin duda, relatado el episodio de la carreta cuando subió a ella *Lanzarote* en busca de la

ces, edited from manuscripts in the British Museum, por H. Oskar Sommer (Washington 1909-12). Es de recomendarse el *Etude sur le Lancelot en prose*, por Fernando Lot (París 1918), basado principalmente en la edición Sommer; de «très ingénieuse et très profonde» le califica el académico francés José Bédier.

(1) *Nueva biblioteca de autores españoles - Ciclo artúrico - Ciclo carolingio*, por Adolfo Bonilla y San Martín (Madrid 1907).

reina Ginebra; cuando apareció en ella Bohort, aprisionado, a la puerta del palacio de Artús; cuando Gauvain, según se ha visto, fué subido también a una carreta en el patio del castillo de Corbenic. Sentado esto es que puede comprenderse el siguiente pasaje de *La demanda del sancto Grial*:

«Capítulo CCCXXIII.—Cómo Galuan e Gariete se fueron al palacio auenturoso.

Así se partieron Estor e Gariete, y Estor se fue para do le mostro Gariete, y el se fue em pos de su hermano, e desde lo alcanço començaron de andar contra Corberic, e no anduieron mucho que vieron el castillo, e dixo Galuan: «¡Ay Señor Dios!, si vos pluguere, dexadme entrar en el palacio auenturoso, e salir dende con mayor honra que otra vez salí. ¿Cómo, dixo Gariete, desonrrado salistes de aquí? Si, dixo el, nunca mas lo fuy en vn lugar ni tanto como aquí». Y poco después agrega: «...el castillo querría que fuesse destruydo de mal pedrisco, que nunca vi la la hora que me partiesse del con desonrra e con pesar.»

Por lo llegado hasta nosotros de la versión española no hay medio de conocer qué ocurriera al sobrino del rey Artús dentro del castillo auenturoso para que el recuerdo de la mala aventura le enojase tan grandemente.

Del poema *La Charrette* por Cristiano de Troyes, anterior al *Lanzarote*, y de las dos subdivisiones de esta última obra, *Le Chevalier de la Charrette* y *Les suites de la Charrette*, no consta hoy la existencia por los libros de caballerías españoles, pero debió de haber prueba de ella en el *Lanzarote*, cuya lectura «era común» en tiempo de Cervantes.

C. SOS GAUTREAU

La Habana, 23 de abril de 1930.

A un mozo pronto a salir

De impulso juvenil y buen talante,
no se halla en la calma tu bravura;
también tú, también tú eres amante
de la mujer, que es la misma hermosura.

Tienes enjaezado a Rocinante,
puesto el yelmo, vestida la armadura,
pronto la lanza... Joven, adelante:
hay llama en ti, del genio, que fulgura.

Que el brazo varonil no esté en reposo;
que seas como el otro caballero,
tan alto como dice la conseja,
justo, prudente, humilde, valeroso.
Y en el fiar que no te fies, quiero:
va por el mundo el lobo en piel de oveja.

B. SAGRERA

REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Ediciones del Quijote

La casa editorial Bauzá de Barcelona acaba de publicar una edición del *Quijote* que tanto por la corrección del texto y de sus comentarios, como por lo que toca a la parte tipográfica, estamos seguros que será codiciada por los cervantistas y cuantos se deleiten en la lectura de la gran novela de todos los tiempos y pueblos.

Plácemes merece el señor Bauzá por haber sabido hermanar en esta edición la belleza con la parte literaria, y la económica, que es el problema más difícil de revolver hoy dentro del ramo editorial. Estos tres elementos se ven reunidos en esta edición del maravilloso *Quijote* que va adornada con las hermosas láminas de Gustavo Doré, e ilustrada con los comentarios del benemérito cervantista don Diego Clemencín, los que a pesar de la aspereza con que trata a Cervantes, han acudido a ellos casi todos los demás comentadores, especialmente el señor Rodríguez Marín, quien por seguirle en todo, hasta copia sus errores. Por sólo los comentarios del comentador murciano, hoy tan difíciles de poseer, por ser una rareza encontrar un ejemplar de la edición del *Quijote* por él corregida y anotada, auguramos a la editorial Bauzá, un franco y feliz éxito en la suya, pues tenemos la seguridad que ha de figurar en todas las bibliotecas y en los estantes de las librerías de las personas cultas.

El texto de esta nueva edición, según el cotejo que hemos hecho, sigue el de la corregida y comentada por don Diego Clemencín que siguió el de la impresa por Juan de la Cuesta en 1608.

Consta esta nueva edición, de la primera y segunda parte de la inmortal novela, reunidas en un volumen en 4.º mayor de 540 páginas, cuyas notas bibliográficas son: Anteportada, portada, lámina de Gustavo Doré que corresponde al primer capítulo de la obra, dedicatoria de Cervantes al Duque de Béjar, prólogo, versos preliminares a los cuales sigue el texto de la primera parte que termina en la página 256. Siguen cinco páginas sin numerar, leyéndose en la primera, cuyo dorso está en blanco: SEGUNDA PARTE, y en la tercera se lee la dedicatoria al Conde de Lemos. Otra página en blanco, y en la que corresponde el número 261, empieza el prólogo que termina en la 263. Viene otra página en blanco y sigue la portada de la SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, comenzando el texto de la misma en la 265

y acaba en la 533, a la que sigue otra en blanco y seis sin numerar que contienen el índice de capítulos de ambas partes de la obra y el de las láminas que ascienden al número 120 estampadas a toda página, a las cuales acompañan 252 dibujos repartidos en cada principio y fin de los capítulos.

Tales son las características bibliográficas de la nueva edición del *Quijote* que acaba de salir de las prensas de la Editorial Bauzá, de Barcelona, que ha dado motivo a estas líneas.

*
**

La otra edición del *Quijote* es la que acaba de publicar el editor don Francisco Seix. Bien es verdad que se trata de la reimpresión de la que dió a luz la misma casa editorial en 1898, pero como desde aquella fecha a la que corre han transcurrido varios años y hoy para muchos de los vivientes es desconocida, creemos no estará por demás, dar de ella, la siguiente noticia bibliográfica.

Dos tomos en cuarto, conteniendo el primero una dedicatoria del editor a S. M. el Rey Don Alfonso XIII y un proemio de don José M. Asencio. Sigue luego la reproducción exacta del escrito que a la vuelta de su cautiverio dirigió Cervantes, en diciembre de 1580, autorizado con su firma, al teniente-corregidor de Madrid; dos de los muchos documentos importantes que otorgó en Sevilla, ante escribano público, en los años 1588 y 1589, que también llevan su firma, y la preciosa carta que tres semanas antes de morir envió al arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas. A esto sigue la tasa, aprobación, dedicatoria del autor, cinco hojas reproducidas fotográficamente de la edición que don Feliciano Ortego creyó fué anotada por el mismo Cervantes, prólogo del mismo, versos preliminares, tabla y el texto que abarca 609 páginas.

El tomo segundo contiene la tasa, aprobación, privilegio, dedicatoria al conde de Lemos, prólogo de Cervantes, tabla y 667 páginas de texto.

La parte tipográfica de esta edición es artística y de buen gusto, y va embellecida con una colección de hermosas láminas de Moreno Carbonero y de don Laureano Barrau, las que unidas a los frisos y letras capitales, distintas para cada capítulo y delicadamente policromadas por reputados artistas, hacen que sea ésta una de las ediciones más bellas que se han impreso en este siglo.

Cervantes y el Quijote apócrifo

«¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganza, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*; digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona! Pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla.»

Así empieza el prólogo de la *Segunda parte del Quijote*, cuyas palabras y las que siguen, son un dardo sangriento contra el encubierto Alonso Fernández de Avellaneda, autor del *Quijote* apócrifo impreso en Tarragona en 1614. Estaba Cervantes terminando de escribir el capítulo LVIII, o había empezado ya el LIX, cuando llegó a sus manos un ejemplar del engendro tordesillesco, bastándole la lectura de su prólogo para despertar su cólera, encubierta con el disfraz de la sátira, contra quien tuvo la osadía de escribir:

«Como casi es comedia la historia de *Don Quijote de la Mancha*, no puede ni debe ir sin prólogo. Y así sale al principio de esta segunda parte de sus hazañas éste, menos cacareado y agresor de sus lectores que el que a su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que el segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecerán a él lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron; y digo mano, pues confiesa de sí que tiene solamente una; y hablando tanto de todos, hemos de decir dél que como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos, tiene más lengua que manos, pero quéjese de mi trabajo por la ganancia que le quito de su segunda parte; pues no podrá, por lo menos, dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa. Si bien en los medios diferenciamos, pues él tomó por tales el ofender a mí y particularmente a quien tan justamente celebran las naciones extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas e innumerables comedias,

con el rigor del arte que pide el mundo, y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar.

Y pues Miguel de Cervantes es ya viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiere adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias o al emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue a Dios aun le deje, ahora que se acogido a la Iglesia y sagrado! conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa; que eso son las más de sus novelas. No nos canse... Pero disculpa los yerros de su Primera Parte, en esta materia, el haberse escrito entre los de una cárcel; y así no pudo dejar de salir tiznada de ellos, ni salir menos que quejosa, murmuradora, impaciente y colérica, cual lo están los encarcelados. En algo diferencia esta parte, de la primera suya; porque tengo opuesto humor también al suyo, y en materia de opiniones en cosas de historia, y tan auténtica como ésta, cada cual puede echar por donde le pareciere; y más dando para ello tan dilatado campo a la cáfila de los papeles que para componerla he leído, que son tantos como los que he dejado de leer.

No me murmure nadie de que se permitan impresiones de semejantes libros, pues éste no enseña a ser deshonesto, sino a no ser loco. Y permitiéndose tantas *Celestinas*, que ya andan madre e hija por las plazas, bien se puede permitir por los campos un *Don Quijote* y un *Sancho Panza*, a quienes jamás se les conoció vicio; antes bien buenos deseos de desagaviar huérfanas y deshacer tuertos.»

La aparición del *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, cuando estaba Cervantes en la terminación de su *Segunda Parte*, y la brusquedad y grosería con que su autor le trataba, fué motivo poderoso de variar el plan que se había trazado para el desarrollo de su humana fábula, plan que consistía en que sus famosos héroes entrasen a la capital de Aragón, y que modi-

ficó por habérsele adelantado Avellaneda en llevar allí los suyos. Este inopinado suceso le obligó a poner en boca de Don Quijote: «Por el mismo caso no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el don Quijote que él dice.» Desde este momento (capítulo LIX) hasta terminar la obra, no pierde ocasión Cervantes de dirigir sangrientas saetas contra el encubierto autor que tan descaradamente le quiso usurpar su gloria, ahora valiéndose de la fingida muerte de Altisidora, ora de don Alvaro Tarfe, que es uno de los principales personajes que figuran en el *Quijote* apócrifo, para zaherir a quien no osó aparecer a campo abierto y al cielo claro. Pero donde descarga su justa cólera contra el autor anónimo, es al final de la maravillosa novela, diciendo:

«Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: «Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

«Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir, solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor finguido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner

en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna.»

¿Logró el falso Avellaneda con la publicación de su *Quijote* empañar el nombre y la fama de quien ya había escrito al principio del capítulo IV del *Viaje del Parnaso*:

«Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazón, en todo tiempo?»

No, porque lo único que consiguió con la publicación de su engendro, fué darle poderosas armas para defenderse de sus bruscas arremetidas, y para que su alegre y regocijada pluma corriese a rienda suelta por el anchuroso campo de la sátira de la que tan malparado sale el anónimo autor que dió a la luz su mal concebido parto en Tarragona en 1614. Gracias, pues, a él, terminó Cervantes su obra maestra bien diferente del fin que se había propuesto, que quizá no habría sido mejor que el que tiene.

Como estmos ciertos que no han de faltar lectores poco versados en achaques cervantinos que pregunten cual era el verdadero nombre del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, hemos de decir que, a pesar de haberse escrito mucho sobre el particular en libros, folletos y revistas, cuyos escritos podrían formar una bien nuestrida biblioteca, hasta el presente, tal enigma, aun continúa sin descifrar. Pellicer afirma que Alonso Fernández de Avellaneda, no era sólo eclesiástico, sino religioso de la Orden de Padres Dominicos; otros sostienen que es uno de los Argensolas o bien los dos hermanos por el mero hecho de ser aragoneses. Algunos han creído ver que bajo tal nombre se encubren los de Mateo Alemán, Juan Ruiz de Alarcón, Lope de Vega, Mira de Amescua, Guillén de Castro, Tirso de Molina, Alonso Lambert, o bien fray Andrés Pérez, autor de *La Pícaro Justina*. Ceán Bermúdez imaginó que el anónimo escritor tordesillesco no podía ser otro que el antiguo compañero de cautiverio de Cervantes en Argel, más tarde su encarnizado enemigo, Blanco de Paz. De la misma opinión participaron Clemencín y Díaz de Benjumea, éste defendiéndola con calor en *La Estafeta de Urganda*. Tampoco han faltado los que digan que bajo el nombre del encubierto Avellaneda se oculta el P. Aliaga, fraile dominico y confesor de Felipe III, opinión que han sustentado Navarrete, Cabaleri y Pazos, Adolfo de Castro, Fernández Guerra, Rosell y La Barrera, fundándose en el hecho de que

tanto en la corte como en uno de los vejámenes del certamen de Zaragoza, se le designaba con el nombre de Sancho Panza, que debe ser a quien se refiere Cervantes en los siguientes versos del capítulo II del *Viaje del Parnaso* :

«Traemos, y no es burla, a la bonanza.
Que estaba descuidada oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza.»

D. Aurelio Báig y Baños y D. J. Toribio Medina, sustentan que el engendro que salió de las prensas de Felipe Roberto en 1614, no es otro que fray Alonso Fernández, de la Orden de Predicadores, autor de algunos libros devotos. A esta lista de nombres que dicen encubren el del falso Avellaneda, se deben añadir el del duque de Sesa, favorito de Felipe III, cuyo candidato presenta D. José de Armas; el del valenciano Juan Martí que defiende Paul Groussac en *Une énigme littéraire*, defensa que le valió recibir el más grande varapalo literario que se ha dado a un escritor, suministrado por D. M. Menéndez y Pelayo en la introducción que va al frente de la edición del *Quijote* del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, impresa en Barcelona por Toledano López en 1905, en la cual prueba a Groussac, con documentos a la vista, que Juan Martí, que explicaba Derecho en la Universidad de Valencia, falleció en 1604, o sea un año antes de haber salido a luz la primera parte del *Quijote* de Cervantes y diez de la publicación del de Tarragona. Cierra la lista de estos nombres, el de fray Cristóbal de Fonseca, que patrocina el ilustre y celebrado escritor D. Narciso Alonso Cortés, muy bien defendido en su opúsculo *El Falso Quijote y Fray Cristóbal de Fonseca*, y no menos bien y discretamente refutado en los *Ultimos estudios cervantinos*, por el docto cervantista señor Cotarelo y Mori.

Tampoco han faltado los que digan que debajo del nombre del encubierto Avellaneda se encubre el mismo Cervantes, pero los que esto afirman dan muestras de conocer poco al regocijo de las Musas, tan poco, que tenemos la seguridad que de sus inmortales obras sólo conocen «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme», que se lee al principio de su sin par *Quijote*, porque si hubiesen leído *La Galatea*, las *Novelas ejemplares*, comedias y el *Persiles*, habrían visto por vista de ojos, que desde la primera obra hasta la última, campea la misma construcción, el mismo estilo, las mismas frases y hasta iguales pensamientos.

En tan enmarañado pleito no han faltado escritores que digan que Cervantes conocía a la persona que se encubría bajo el nombre del autor tordesi-

llesco, y que por ser muy poderosa no se atrevió a descubrirla. A los que tal cosa dicen se les debe poner por delante al hombre íntegro, al soldado valiente que hizo la campaña de Italia, que estuvo en Chipre, en Nicosia y en la Goleta, y por ende cinco años y medio cautivo en Argel «donde aprendió a tener paciencia en las adversidades», y que vuelto a su patria, a pesar de haber perdido la mano izquierda en la batalla naval de Lepanto, con su hermano Rodrigo, embarcó en la flota que mandaba el marqués de Santa Cruz, para las Azores. En fin, era uno de los que saben vengar las ofensas recibidas de cualquiera persona, clase o condición que sea. Así que tengan por seguro los que dicen que Cervantes no ignoraba quien era el que se encubría con el nombre del impostor Avellaneda, que aunque hubiese sido el propio duque de Sesa, o bien el P. Aliaga, o algún familiar del Santo Oficio, que así como arremetió en los cinco capítulos y en el prólogo del *Quijote* contra el fingido autor tordesilesco, no habría vacilado en estampar su verdadero nombre al fin o en el prólogo del *Persiles*, ya que para hacerlo no le faltaba valor ni carecía de resortes para decirlo de una manera u otra. Tengan por cierto los que afirman tal cosa, que el ingenio complutense bajó al sepulcro ignorando quien fué el verdadero autor del *Quijote* impreso en Tarragona en 1614.

ENRIQUE MONDRAGON

A los admiradores de Cervantes

Tras los hombres que hicieron sin quebranto la Unión de Admiradores de Cervantes, desplegada tremola, ya triunfantes, la bandera del manco de Lepanto

En su causa pondrán empeño tanto, para luz y enseñanza de ignorantes, que a su impulso serán, cual fueron antes, las letras cervantinas un encanto.

Pasarán las fronteras y los mares de Cervantes las glorias seculares historiadas por plumas cervantistas, que tendrán por honor llevar doquiera el símbolo inmortal de esa bandera que cuenta a todo el mundo en sus conquistas.

MARÍA PARATJE DE MALDONADO

(Soneto leído en la velada literaria celebrada la noche del 23 de abril de 1930, con motivo del aniversario de la muerte de Cervantes.)

Sección bibliográfica

Don Quijote de la Mancha. Un volumen en 4.º mayor, impreso a dos columnas, con comentarios por D. Diego Clemencín y adornado con láminas y dibujos de Gustavo Doré.

Barcelona.—Editorial B. Bauzá

Don Quijote de la Mancha. Dos tomos en 4.º, ilustrados en cromolitografías de D. J. Moreno Carbonero y D. Laureano Barrau, con cabeceras e iniciales policromadas de diferentes artistas.

Barcelona.—Francisco Seix, Editor

El cielo y la tierra. Novísima Geografía. Constará esta suntuosa obra de cinco tomos en 4.º, ilustrada con profusión de láminas y hermosos mapas en colores. Van publicados tres tomos: el primero que comprende la región celeste, lo ha dirigido el eminente astrónomo señor Comas y Solá, director del Observatorio Fabra de Barcelona. En el segundo y tercero, en los que se describe Europa, aparecen en bellas fotografías las vistas y monumentos más notables de las principales ciudades europeas. También van adornados con muchas láminas y mapas en colores.

Barcelona.—Miguel Seguí, Editor

Imprenta "Myria" — Sepúlveda, 162 — Teléf. 31303 — Barcelona

La Mancha y el Quijote, por Dotor.

Literatura Castellana, por D. Manuel de Montoliu. Un volumen en 4.º, de cerca de 900 páginas.

Barcelona.—Editorial Cervantes

Química Industrial, por el Dr. Otto Lange, traducción de los señores Juan Mercadal y José Delorme. Un volumen en 4.º mayor, con XVI-906 páginas ilustradas con 276 figuras originales

Barcelona.—Manuel Marín, Editor

Fraseología de Cervantes. Colección de frases, refranes, proverbios, aforismos, adagios, expresiones y modos adverbiales que se leen en las obras cervantinas, recopilada y ordenada por Juan Suñé Benages. Un volumen en 8.º, de XVII-320 páginas e índice.

Barcelona.—Editorial Lux.

L'enginyós cavalier don Quixot de la Manxa. Traducció catalana d'Antoni Bulbena i Tusell, amb un pròleg de Joan Givanel i Mas. Tres volums curiosament impresos, ptes. 7'50.

Llibreria Espanyola d'Antoni López, Rambla del Mig, 20.—Barcelona.

FRANCISCO SEIX — BARCELONA

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Lujosa edición con un proemio del EXCELENTISIMO Sr. D. JOSÉ M.^a ASENSIO de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia y acompañada del facsímil de varios documentos muy importantes INÉDITOS, en su mayor parte relativos al autor.

Consta nuestra edición de dos tomos en cuarto prolongado de unas 700 páginas cada uno, papel superior y excelente impresión, y va **ilustrada con una artística colección de cromolitografías** reproduciendo exactamente los cuadros sobre asuntos del **Quijote**, premiados en varias exposiciones nacionales y extranjeras, debidos a los reputados pintores **D. José Moreno Carbonero** y **D. Laureano Barrau**.

Contribuyen al lujo de esta publicación los frisos y letras capitales, distintas para cada capítulo y delicadamente policromadas **por distinguidos artistas**, que se han inspirado para llenar su cometido en los magníficos códices que existen en nuestras bibliotecas y catedrales.

Casa Editorial SEGUI - BARCELONA

Fundada en 1881

GRAN PREMIO - Exposición Internacional de Barcelona 1929

BIBLIOTECA DE GRANDES EDICIONES ARTISTICAS

EL CIELO Y LA TIERRA. — Novísima Geografía Universal Ilustrada. Contiene infinidad de grabados, mapas en color y laminas. Cinco tomos 21 x 28.

ESPAÑA ARTISTICA y MONUMENTAL. — Contiene todas las riquezas monumentales de nuestra nación. Dos tomos 21 x 28.



HISTORIA DE LAS NACIONES. — Concisa y amena historia Universal en cuatro tomos 21 x 28.

PORTFOLIO HISTORIA DE ESPAÑA — En dos tomos 19 y medio por 25 con mas de mil grabados.

ESPAÑA-GEOGRAFIA ILUSTRADA. — Un magnífico tomo 21 x 28.

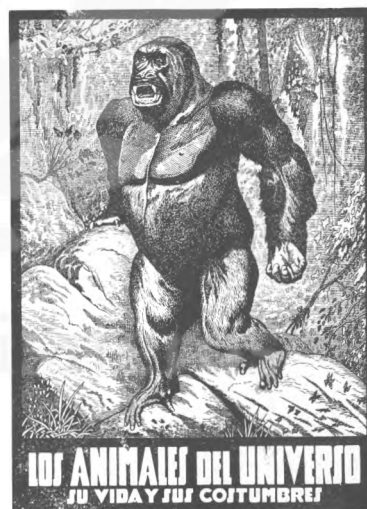
ENCICLOPEDIA ILUSTRADA SEGUI. — Magnífica obra en curso de publicación



HISTORIA DE ESPAÑA

Ilustrada con miles de grabados y laminas en color; tres tomos 21 x 28.

LOS ANIMALES DEL UNIVERSO
Historia Natural Ilustrada. En curso de publicación en fascículos.



Biblioteca Colección Obras Selectas - Biblioteca de la Juventud
Biblioteca Literaria

José Porté - Librero

Montesión, 3 bis, principal - BARCELONA

Apartado de Correos, 574 - Teléfono, 16792

Dirección telegráfica y cablegráfica, PORTELIBER

Libros Raros, Antiguos y Modernos, españoles y extranjeros

INCUNABLES - MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE
EN LENGUAS ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS
OBRAS AGOTADAS - IMPRESIONES ARTÍSTICAS
Y LIMITADAS, MODERNAS - ENCUADERNACIONES
ARTÍSTICAS E HISTÓRICAS - AUTÓGRAFOS
DIBUJOS - GRABADOS. CERVANTINA

Gran surtido de obras de estudio: Arqueología, Bellas Artes, Derecho, Medicina,
Religión, etc.

INFORMACIONES BIBLIOGRÁFICAS GRATUITAS

Se solicita de los Sres. Bibliotecarios y Bibliófilos listas de obras que precisen y especialidades que cultiven.

SE ENVÍAN GRATIS CATÁLOGOS DE OBRAS EN VENTA

Se envía gratis, a quien lo solicite, el boletín periódico COMPRA, especialmente creado para la busca de obras raras o agotadas, en el cual vienen descritos centenares de artículos que compramos y pagamos á muy buenos precios.

SE COMPRAN AL MAXIMO PRECIO BIBLIOTECAS Y LOTES DE LIBROS